

## Espiritualidad ecológica bajo el símbolo del árbol plantado

Fernando Kuhn cmf \*

Texto presentado en el Espacio Educativo CONFAR, Bs.As. 25/08/2017

Recurro a este símbolo comenzando a aplicarlo a la educación congregacional en el contexto de reflexión en el que nos encontramos. En este símbolo encuentro el apoyo para hablar de diversos aspectos de la espiritualidad ecológica en una educación al servicio de la vida. Parafraseando el texto bíblico, cabe decir que, por haber sido plantados a orillas del torrente de la Vida, se nos puede contar entre aquellos *“árboles frutales cuyo follaje no se marchitará y cuyos frutos no se agotarán: producirán todos los meses frutos nuevos, porque esta agua viene del santuario. Y sus frutos servirán de alimento y sus hojas de medicina”* (Ez 47, 12).

La savia que ha impregnado todo el árbol ha sido el persistente interés por cumplir el objeto de cada Congregación, según su propio carisma en la Iglesia. Y ¿los peores momentos? ¿Cuáles han sido los vientos fuertes que han zarandeado el árbol? Sería interesante concretarlos para un provechoso autoexamen. De todos modos, teniendo en cuenta la riqueza de su herencia carismática, podemos suponer que los malos momentos habrán sido aquellos en los que ha quedado oscurecida la conciencia de su identidad y misión en la Iglesia y en la sociedad, ha sido desoída la voz de Dios en los signos de los tiempos, han sido abandonadas las fuentes propias de la espiritualidad y han sido asumidas obras que

no estaban inspiradas ni orientadas por destino carismático genuino. En ocasiones pueden haber rebajado la vida de la Congregación un ejercicio de gobierno poco responsable y una formación poco exigente.

El desafío es tratar de mirar y observar la Vida Consagrada Educativa en toda su historia. Al igual que cuando una persona realiza un ejercicio de relajación para preparar un momento de oración contemplativo, repasando cada parte de su cuerpo, hagamos una relectura breve de toda la vida de cada espacio educativo pasando por sus raíces (arraigo), su tronco (vigor) y sus ramas/frutos y flores (firmeza).

### Al servicio de la vida: las ramas se proyectan

**La Vida consagrada se proyecta** “en ramas, frutos y flores” y la impulsa siempre la Pasión por la vida en un mundo amenazado. La vida es exuberante, fecunda, en la naturaleza y en la humanidad: “Vio Dios cuanto había hecho, y todo estaba muy bien” (Gen 1,31). El Creador, que es “amigo de la vida” (Sab 11,26), nos ha encomendado defenderla y cultivarla. De muchas formas se manifiesta hoy el aprecio, la defensa y la pasión por la vida como, por ejemplo, en personas y organiza-

ciones que trabajan por los pobres, los derechos humanos y la paz.

No obstante lo dicho, recordamos brevemente algunos indicadores de violencia y de muerte:

- La vida del planeta está terriblemente amenazada. La explotación egoísta e indiscriminada de la naturaleza y la falta de cuidado por su integridad tendrán repercusiones fatales para el futuro de la humanidad (LS 33,61).
- El desprecio de la vida humana, desde su concepción hasta la muerte, tiene muchas expresiones: el aborto, la violencia contra mujeres y niños, la violencia doméstica, la violencia sexual; los totalitarismos de todo signo, el terrorismo, diversas guerras abiertas entre naciones, pueblos y etnias; la pena de muerte y la eliminación, a veces bajo el amparo de la ley, de quienes constituyen un estorbo para el bienestar: ancianos, enfermos terminales, minusválidos (LS 51-53).
- El sistema económico neoliberal, por la pobreza y desigualdad que genera, conlleva una forma de violencia estructural e impulsa a otras formas de violencia.
- Las enfermedades endémicas, el SIDA, el hambre, la pobreza, el desempleo, las adicciones impiden desarrollar una vida humana digna.

**El sentido de la vida**, para nosotros radica en aquel que dijo: “Yo soy la Vida” (Jn 14,6; cf. Jn 10,10-11). En la raíz de todos los fenómenos de muerte se halla la *pérdida del sentido de la vida* y el *desprecio a la persona*. La gloria de Dios es que el hombre viva (S. Ireneo de Lyon) y que el pobre viva (Bto. Oscar Romero). Damos gloria a Dios anunciando que “el Evangelio del amor de Dios al hombre, el Evangelio de la dignidad de la persona y el Evangelio de la vida son un único e indivisible Evangelio” (EV 2). La pasión por la vida pertenece, pues, a la entraña misma de la vocación misionera (LS 84-85).

Jesús nos revela el sentido de la vida:

- Después de haber hecho de su existencia un servicio a la vida, pudo decir con toda verdad: “Yo soy la vida” (cf Jn 14,6).
- Nos reveló con palabras y signos al Dios de la vida (cf Mc 12,27), que quiere que todos sus hijos e hijas vivan. Es el Padre que, cuando regresa a casa el hijo pródigo, se alegra y organiza una fiesta porque estaba muerto y “ha vuelto a la vida” (Lc 15,32).
- Declaró finalmente que “el Espíritu es el que da vida” (Jn 6,63; cf 2 Cor 3,6). El Espíritu es una ley de libertad que nos da la vida en Cristo Jesús (cf Rom 8,2).

- La comunión con él, muerto y resucitado, nos hace luchar por la vida, y da sentido a todas las situaciones humanas, en especial a las más dolorosas: las tragedias provocadas por la naturaleza, las consecuencias inhumanas de la injusticia y de la ambición, la enfermedad y la misma muerte.
- Nos dice que “quien ama su vida la pierde” (Jn 12,25), y que quien entrega su cuerpo y su vida para la salvación del mundo -como Él mismo en la Eucaristía- “la gana para siempre”.

**María es la madre de la Vida.** Isabel la llamó bendita a causa del fruto de su vientre y de su fe. Como pueblo de Dios la aclamamos “*vida, dulzura y esperanza nuestra*” (Salve Regina). También le suplicamos que ruegue por nosotros, “*ahora y en la hora de nuestra muerte*” (Ave María). A través de ella recibimos vida abundante. Es la Mujer del Apocalipsis que da a luz entre las amenazas del dragón y que se refleja en la Iglesia también madre, en medio de las amenazas a la vida (cf Ap 12,1-2). El Magnificat proclama su compromiso por un mundo donde reine la vida (cf Lc 1,46-55). La vida misionera nos puede asemejar a ella, proclamar la vida y luchar contra todo lo que la amenace.

Como Pedro en la puerta Hermosa del templo, también nosotros/as, testigos de tantas amenazas a la vida, podemos confesar humildemente: “No tengo plata ni oro; pero lo que tengo te lo doy: ¡En nombre de Jesucristo, el Nazareno, echa a andar!” (Hch 3,6). Hemos recibido la vocación de seguir esa Palabra que, pronunciada y servida “en nombre de Jesús”, es fuente de vida: sana, libera, resucita, da horizonte y sentido. ¿No encontramos aquí la clave evangélica que necesitamos para entender el verdadero significado del servicio a la vida en una educación liberadora y transformadora?

**La Palabra de la Vida** a la que hemos sido confiados (cf Hech 20,32) y a la que servimos:

- *Anuncia* el Evangelio de la vida: descubre, acompaña y potencia todos los brotes de vida que el Espíritu, Señor y dador de vida, hace surgir en nuestro mundo. En este sentido, nuestra educación se hace *consolación* de Dios para las personas que más sufren la degradación de la vida. Se hace “*principio misericordia*” para los derrotados por las heridas, el fracaso, la culpa y el pecado. Ofrece un *horizonte de esperanza* a los que creen que la vida humana no tiene ningún sentido: somos hijos del Dios de la Vida, que no permitirá que sus fieles vean la corrupción (cf Sal 16; Hech 2,27.31-36).
- *Denuncia* las múltiples amenazas contra la vida que descubrimos en cada contexto. La fuerza de la Pala-

bra no retrocede ante prejuicios, modas, miedos o presiones ni acepta como normal la cultura de la muerte presentada en muchos casos como un progreso en la historia de la humanidad.

- Va acompañada de *signos de vida* (cf 1 Tes 1,5,2 Cor 12,12). En un mundo globalizado, tantas veces insensible ante los signos de muerte, la Palabra de Dios, de la que somos servidores, defiende la vida en todas sus etapas y en todas sus formas. El poder del Espíritu promueve y recrea la vida a través de personas y grupos, organismos y asociaciones que luchan por ella. Nosotros y nuestras comunidades colaboramos con ellos para dar un Sí total y creíble a la vida y a la vida en abundancia (LS 131,136).

“Lo que se hizo en ella (la Palabra) era la vida y la vida era la luz de los hombres” (Jn 1,4). La vida es el “primer libro” de la revelación de Dios. La Sagrada Escritura es ese “segundo libro” en el que Dios revela su plan de salvación sobre la vida amenazada de muerte a causa del pecado. Ambos libros se interpretan mutuamente. Enraizados/as en la Palabra en toda su amplitud, el compromiso con la Justicia, la Paz y la Integridad de la Creación no es para nosotros/as un consejo discrecional. Es un genuino deber y también un derecho fundamental de todo creyente (cf CIC 222) que nos obliga específicamente a nosotros/as como religiosos/as y ministros ordenados (cf CIC 287/672).

**Servidores de la Vida:** Hemos sido invitados por el Maestro a “entrar en la Vida” (Mt 19,17) y vivir en plenitud: a estar con él, y ser enviados a predicar con poder de vencer el mal (cf Mc 3,14-15). Si no estamos unidos a Jesús, si no caminamos con Él, no tendremos vida (cf Jn 15,5). Servimos a la vida cuando:

- la disfrutamos y celebramos como don de Dios;
- atendemos a los demás y les damos lo mejor de nosotros mismos en la “profecía de la vida ordinaria”;
- la defendemos, contribuimos a desarrollarla y educarla y proclamamos su destino último en nuestro servicio educativo (LS 163);
- entregamos la nuestra en el trabajo, la oración y el sufrimiento, para que otros vivan, redefiniendo el auténtico progreso (LS 194).

La Iglesia acompaña simbólicamente, con la Palabra y el Sacramento, todo el transcurso de la vida humana: desde el nacimiento hasta la muerte (LS 233, nota 159). Como miembros del pueblo de Dios, cada uno de nosotros (hermanos/as y ministros ordenados) somos auténticos “servidores de la Vida” (LS 244):

- que nace y crece en los sacramentos de la Iniciación;
- que se alimenta con la Palabra y con el Pan y Vino eucarísticos;
- reconciliada en la Penitencia;
- sanada en la Unción;
- sponsal y fecunda en el Matrimonio;
- entregada al servicio en el Orden.

Nuestras comunidades están llamadas a ser “lugares de vida” donde lograr nuestra plenitud personal. Lo son cuando:

- nos ayudan a recrear continuamente los vínculos que alimentan nuestra identidad y pertenencia: la oración, el diálogo, el servicio, la colaboración en la tarea misionera;
- se convierten en lugares de acogida, de búsqueda de Dios, de solidaridad y de esperanza.



\* *Fernando Kuhn cmf, religioso de la Congregación de los Misioneros Claretianos. Bachiller en Teología, (Pontificia Universidad Gregoriana de Roma, 1992). Licenciado en Teología Dogmática (Pontificia Universidad Gregoriana de Roma, 1995). Candidato al Doctorado en la Pontificia Universidad Católica Argentina (UCA) Buenos Aires, 2013. Profesor del CEFyT. Docente en diversos profesorado, cursos universitarios de grado y postgrado. Miembro del Equipo Editorial Claretiana de Buenos Aires, a partir de 2013. Director de la revista Anátellei. Se levanta, editado por el CEFyT desde 2003 hasta el presente. Miembro de la Sociedad Argentina de teología. Autor del libro La Iglesia: servidora de Jesús. Repensar la eclesiología hoy, Buenos Aires, 2010, entre otros textos publicados en revistas y en compilaciones.*